



LAS BODAS

CLARA SILVA

NOTICIAS ACERCA DE LA
AUTORA

Pero toda esta primera parte del poemario, en la que la ambigüedad del tono parece buscar a propósito la escrupulización de los beatos para detenerlos en el umbral místico, no es sino el combate, como el de Jacob en su sueño del desierto, porque también las puertas de los cielos padecen violencia. El versículo de Job abre la segunda parte: "Diré a Dios: no me condenes. Hazme entender por qué causa contiendes conmigo."

La fe, la predestinación y el libre albedrío, en su carácter de misterio abisal —más que en el de fenómeno inexplicable cuyas causas, con todo, puede examinar la inteligencia— asoman después con su torcedura de enigma o de gracia en los restantes sonetos. En ellos impera vigorosa, al conjuro de un alma adulta, la única poesía religiosa que puede surgir en nuestro tiempo y en sus ámbitos temporales: vuelo de poesía que liga al hombre con lo eterno, que se funda en la naturaleza de las cosas y que, por virtud de amor, anhela volver a unirse con lo que está más allá desconocido e invisible: condiciones que abruman a la pobre criatura terrestre.

Tal búsqueda no sería verdadera sino cayese, en nuestro tiempo y existencia, en la rebeldía vital. Y es así que entre los poemas más notables de este libro de aventura ultraterrena, que bien pudieran compararse con las más apasionadas páginas de los místicos, están los que titula "Dios de qué" "Y hasta cuando en el ser".

Delirante y rebelde, este libro resulta así el más insospechado caudal poético que desde el Plata ingresa a las corrientes existencialistas. — Fryda Schultz de Mantovani. "Ficción". Buenos Aires. Enero-Febrero, 1957.

En "La Caballera Oscura" no hay una palabra que no nos llegue de la historia de un ser; no hay un tema

Para el diario "Acción",
paladín de la Democracia,
su lectora

Clara Lirio

Montevideo 1960

CLARA SILVA

Clara

LAS BODAS

Portada de OSCAR GARCIA REINO

EDICIONES ATENEA

MONTEVIDEO

OBRAS DE LA AUTORA:

"*La Cabellera Oscura*" — Estudio preliminar de Guillermo de Torre. Colección "Paloma". Editorial "Nova". Buenos Aires, 1945. Poemas.

"*Memoria de la Nada*" — Colección "Paloma". Editorial "Nova". Buenos Aires, 1948. Poemas.

"*La Sobreviviente*" — Ediciones "Botella Al Mar". Buenos Aires, 1951. Novela.

"*Los Delirios*" — Ediciones "Salamanca". Montevideo, 1954. Sonetos.

"*Preludio Indiano y Otros Poemas*". — "Lírica Hispana". Caracas, Venezuela, 1960.

Estas obras han obtenido el Premio anual correspondiente, del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay y del Concejo Departamental de Montevideo.

*A Luis, mi hermano
A su memoria.*

TE PREGUNTO, SEÑOR

TE pregunto, Señor,
es ésta la hora
o debo esperar que tu victoria nazca
de mi muerte?

Estoy en la infancia de tu nombre.
Voy de la mano por tu desangrada noche;
me caigo, me levanto,
vuelvo a caer arrastrándote conmigo
en la ceguedad de mis pasos.

No soy como tus santas,
tus esposas,
Teresa, Clara, Catalina,
que el Ángel sostiene en vilo
sobre la oscuridad de la tierra,
mientras tu aliento
tempranamente las madura.

No soy siquiera como aquellas
que te siguen humildes
en el quehacer del pan y la casa,
pero amamantando tu esperanza
sin saber de tus graves decisiones.

Soy como soy,
yo misma,
la de siempre,
con esta muerte diaria
y la experiencia triste
que guardo en los cajones
como cartas;
con mi pelo, mi lengua, mis raíces,
y el escándalo que hago con tu nombre
para oirme;
y tu amor que revivo en mí cada mañana,
masticando tu cuerpo
como un perro su hueso.

Y nada me ha cambiado.
Me derriba en el cuerpo de mi sombra
cada acto de amor, cólera o llanto,
espadas que me cruzan y te cruzan.
De todo lo que fue,
de lo que espero,
el alma se me quema.
Y no fulgura.

DESDE LO OSCURO

ALGUIEN en mí desde lo oscuro pide,
secretamente pide:
quítame este peso.
Ya no me dan los hombros para llevarte.
Quiero respirar
amplemente
el aire del mundo,
olvidar esa cuenta confusa
y sin fin
de culpa, perdón, remordimiento,
o de algo parecido
que corroe mi flaqueza.

Dame un día sin objeciones,
un día
en que pueda darle cuerda al reloj sin herirte,
aún que tú, en mi corazón escondido,
me oscurezcas los dientes,

la alegría
de andar descuidada entre las cosas.

No son lamentos de mujer
ni confidencias de jardines.
Es la sangre, la carne, los huesos que me has dado,
éstos, desde el origen;
que no tengo lugar para ubicarme,
párpados, pies y manos
amargos de miseria,
de fatiga.

Mis ojos ven
pero tropiezo en tus misterios.
Oigo hasta la respiración de las hojas
pero no entiendo las palabras de tu boca.
Es demasiado largo tu camino
para mis años cortos;
tu puerta muy estrecha para la dimensión de la muerte.
No puedo arrodillarme
para besar el polvo
en el límite exacto de amargura
donde empieza la blancura de tus pasos.

LA PIEL DEL TIEMPO

AH!, no esperes de mí
la maravilla de tu obra,
el vuelo de cenizas
en el que debo alzarme
de la cruz de la tierra
semejante a tí en hermosura.

Cómo decirte que he frustrado tú esperanza
y que el tumulto ciego de mi sangre
te lleva a morir de nuevo
de mi muerte,
incomprendido!

Tú me has dado la magnitud del viento
pero yo me encierro en lo oscuro de mis días,
con mi corazón de carne,
distráida.

Y me abrazo a una cara de sombra,
mientras dejo la tuya, de diamante,
como un libro olvidado.

No te preguntaré por qué me nombras,
no te diré que desfallezco en tu desierto;
pero el último día de tus párpados
es demasiado grande para mis huesos,
como la piel del tiempo.

Apenas puedo, en mí, sobrellevarme
y soy responsable de tu gloria.
Tiemblo por el combate que me has dado
y la herencia del niño que me toca.

Pero saco de la espesura tu diadema.
Y como David
invento para tí instrumentos de canciones.

MUJER DE OSCURA FRENTE

AH!, elegir entre este don perpetuo
de tu sangre,
en lo más abandonado de mi suerte,
y la copa que alcé desbordada de demencia
en la noche donde tu luz se apaga,
retroceder al Angel sombrío que me acecha
o seguirte en el largo camino de mi sombra.

Mujer de oscura frente,
voy entre cielo y tierra
casi sin mí, buscando el paraíso.
Y otra vez, como siempre
en la prisa del tiempo,
dejo tu voz para escuchar la mía.

Mi corazón zozobra en el escándalo de tu muerte.
No sé cómo llevarte entre mis venas.

Y me aparto temblando,
porque entrar en tu reino es coraje de olvido,
es llevar de la mano lo que somos,
muriendo.

Así estoy, eligiendo
y ya elegida,
en esta oscuridad que me defiende.
Y extraviada me vuelvo al verano del retrato,
a la sombra azul de sus cabellos,
la hermosura en la luz de su ceniza.
Y al libro que cerré cuando tú entraste.

PERO ESTÁ LA MELANCOLÍA

A pesar de mí misma
tu piedad me sostiene.
Puedo aspirar al cielo de tus bodas.
En el común de santas
—tus esposas—
hay un sitio vacío de azucena.
Pero estoy en la tierra de mis muertos,
buscándote.

Voy en zig - zag
perdida en tus senderos,
pero tu sombra se acomoda a mi sombra
y me dejas andar
libremente
suspendida en tu aliento.

Caigo como una piedra sobre el pozo,
pero tu poderosa mano me levanta
de sus amargas aguas,
me endereza,
me da otra vez la vida
de tu muerte,
para que yo renazca de la ausencia.

A veces, un instante
construyo el paraíso
y en el gozo de amarte,
resplandezco.

Pero en la larga cuenta de mis días
está siempre el oscuro, de la melancolía,
que mi sangre alimenta
devorándome.

COMO NUNCA, COMO SIEMPRE

SEÑOR, es que te niegas?
Se alza tu pan, tu vino,
y mi cuerpo de siempre
es el cadáver
donde oscuramente
puede caer tu olvido.

Si fuera así, reposaría.
Ah!, reposar
vacía,
el alma de ceniza
en la noche última de la tierra.
Pero somos —si somos—
mi carne, tú, mi alma,
nudo de indestructible suerte,
destino cerrado
del que sólo saldremos para morir
o renacer.

Aquí estoy como siempre,
como nunca,
salpicada de sangre
en la violencia del combate,
mis uñas rotas contra la armadura de tu aliento,
nublada por el llanto que no corre.

Y aún no toco tu amor,
sí la distancia
que nos une y separa
y nos tortura.
E impaciente en la espera se va el tiempo,
el tiempo de morir
para encontrarte.

No me dejes así,
para que todos me miren con malicia.
Apresúrate a mí, que ya viene
la noche.

ORILLA DEL NAUFRAGIO

TEMIBLE ángel expiatorio
que sales a mi encuentro
en lo más negro de la noche,
tu mano,
ebria de amor me destruye
para reconstruirme en el misterio.

Estás en mí,
estoy en tí,
o somos, en lo desconocido de la muerte,
un ímpetu secreto,
un solo movimiento trenzado
de rebelión
y de entrega?

Me llamas
o es mi grito que responde?

Y corro hacia tí como en los sueños,
sin moverme,
mientras el alma quiere desatarse
de su carne terrestre.

Tú has puesto en mí la locura de tu reino.
Siento tu respiración sobre mi rostro
amedrentado;
y ya no puedo volver atrás,
no puedo.
Dejo rota, dispersa, la historia de la vida,
silla vacía en la orilla del naufragio,
de donde suben
todavía
los últimos manotazos del ahogado.

LA HORA EN QUE SE ACERCA

—**A**LEGRATE, es tu boda.
Ahora te doy el nombre
que nunca te será quitado.

—Ah!, no lo pongas
sobre la frágil violencia de mis hombros.
Me levanto con los afanes del día
y por donde mis pies caminan
borran las escrituras de tu boca.

—Ven, no serás avergonzada.
He puesto entre los dos la transparencia de mi muerte.
Bajo mis ángeles te abrigo.

—Amarte es perderme y encontrarme
con la copa vacía de la vida
entre las manos;

y estar sola, aquí abajo, con tu cuerpo
en mi paladar estremecido.

—Yo soy la copa en que serás saciada,
soy el amor que hace temblar tu sombra
en el vacío de las habitaciones,
cuando me huyes, buscando
la hoguera blanca de mis pasos.

—Por qué me has elegido,
despertándome?
En la casa, ya todas las mujeres
conocían tus heridas
y las besaban con rumor apagado.

—Quiero tu alma desnuda en su pecado,
despierta en el combate con el Ángel.

—Espera,
espera todavía;
mañana tal vez seré contigo,
cuando la noche entera consuma su amargura.

—Ahora, ésta es la hora en que me acerco
y te descubro la llaga tenebrosa donde ardo.

EL ENEMIGO

A veces se interpone entre nuestras miradas,
a veces se introduce,
reptil de azul veneno,
en los rincones ávidos del alma;
y hace su nido oscuro
en la violenta voluntad caída.

Yo fui su antigua noche.
Conoce el territorio
en que fui derribada por su aliento.
Sabe pulsar los monstruos del origen,
el orgullo, columna de cenizas,
y la tristeza de no poder vivirse.

Me ronda con terrestres ausencias,
es ruiñeñor, serpiente, arrullo,
príncipe de las lágrimas,

es jinete en caballo desbocado
sobre las tiernas plantas
que crecen en el miedo.

Quién me pone en las manos el cuchillo
con dos filos de plata?
Si mi derecha adora
mi izquierda se aridece.
Entre muerte y victoria
amaso el pan de cada día.

Eres tú que lo has puesto
entre mis pies de sombra
y tu esperanza?
O es que yo lo alimento de los sueños
secretos de la sangre?

LA CABELLERA OSCURA

— **E**S nuestra noche, esposa.
Mi cuerpo es tu alimento.
Mi sangre lavará cada sombra,
cada herida,
que la carne encerró en su irritado sueño.

—Tengo miedo
del día que amanece contigo,
miedo de animal sorprendido en su guarida.
Estoy sucia de todos los vientos de la tierra
y de esa noche larga de tu ausencia
que desató la cabellera oscura;
y el enemigo, que no nombro,
se enredó a mis pies,
la máscara de polvo
separándonos.

—Ven, recuéstate en mí,
yo te daré descanso.

Mi amor sin fin, que en tí comienza,
te cubrirá como una sábana limpia de sudores.

—Donde estabas, Señor, cuando caía,
y has venido tan tarde
y sin aviso?

—Fue preciso llegar hasta lo hondo
del pecado,
hasta la cal del hueso,
al despojo total,
definitivo,
para que en mí pusieras tu esperanza.
Y en la promesa de mi mano,
fueras por la dulzura que ignoraron tus lágrimas
desiertas.

LAS BODAS

DESPUES de oscura noche
en mí despiertas.

Ahora estás en mi carne
y caes conmigo
para levantarme hasta tu día;
tú, el inocente castigado
por mis manos, mi lengua,
por la demencia de mi sangre,
racimo amargo de tu viña
que el ángel terrestre
apretó entre mi boca y tu agonía.

Ah!, no digas que te he matado
si amaneces todos los días sobre el otoño de las hojas.
Verdad que te dejé solo
cuando te levantaron en la oscuridad de la tierra,
en la soledad de tu reino,

y los perros lamieron tu sangre,
río de caridad tempestuosa
corriendo entre la culpa y la esperanza.

Ahora que estamos solos,
sobrenatural esposo,
por el escándalo de esta boda,
no sé como llamarte.

Confundo los nombres del amor
oscuramente transitados,
y tu aliento,
tu viento del desierto,
en la zarza ardiendo de mi pelo.

Pero tú me llamas por el nombre que yo sola conozco
y que tú sólo sabes.

ENFERMA DE LA MUERTE

ENFERMA de la muerte
y su pecado,
de la pequeña vida que nos muerde
y acosa,
puse en tu cruz desierta mi sollozo.
Soy aquella que esperaba tocar secretamente
la emanación de tus vestidos.

Vienes a mí, por mí,
desde el día inmenso de las escrituras,
cuando mi cuerpo entró en el desorden de su imagen;
y el tuyo, entre un revuelo
de aves ciegas, aciagas,
se entregó con un poder de vida
para que yo alcanzara
la vida que no acaba.

Sensible y sola
yo, como una aguja
en el más alto campanario,
pronta a las lágrimas
por el quebrantamiento de la carne,
yo, que apenas sobrevivo a mi sombra,
sostengo entre mis brazos
la inmensa noche de tu misericordia.

LA ANTIGUA FIERA

EN la mañana de tu luz despierto
con nuestro amor
que escondo de la gente
en lo más desnudo de la vida.

Nupcias secretas
en las especies locas de tu cuerpo.
Tu unidad borrascosa
y tu sangre
que va creciendo de mi boca,
hacen de mí la extrañamente renacida
del alimento de tu muerte.

No puedo ya dejarte
sino para encontrarte de nuevo
temblando
en el misterio de tu copa,
en la levadura de tus panes,
el paladar quemado de tus ansias.

No puedo creer que me llamas a tu mesa;
y creo,
porque soy como el viento entre tus llagas,
madurando los frutos del adviento
en lo más indecible de la gracia.

Ahora espero sin miedo
lo que tú has esperado
de mí
en la soledad del combate.
Mientras la antigua fiera
que en mí vive,
lame tus pies, avasallada.

ALMENDRA DEL OTOÑO

A veces pienso y tiemblo
cómo pude llegar a conocerte,
extraño ser de miedo y alegría;
qué llamado, en la noche,
despertó el alma de su olvido.

Cómo pude pisar el umbral de tu casa,
atravesando a ciegas
los corredores turbios de la sangre,
si nunca pude verte
apareciendo
en el fondo vacío de los espejos
que encerraron mi sombra de pecado,
el cuerpo de mi muerte
solitario.

Cómo pude traerte de la nada,
viviente en mí
y sólo en tí viviendo,
si eras la piedra del secreto entre mis labios,
la oscuridad de indescifrable reino,
con mi corazón,
dura almendra del otoño.

LA SOBREVIVIENTE

ATAME sobre tu corazón.
No dejes que baje a la tierra
con un espejo turbio entre las manos.
Y ciega, en la noche,
me acose a mí misma,
mirándome.

Semejante a tí,
porque tu carne quiere
quemarse hasta encontrarme en el pecado,
en el mismo misterio que me amas
te amo.
Y llevo como una mordedura
sobre el pecho,
la llaga de tu temible amor.

De lo más alto del combate
has venido por mí,
la tan caída;

por mí, suspiro, nada,
de tu aliento,
sombra apenas de tí.

Por mí entraste en la casa de la culpa.
Y tu sangre fue alianza de la boda;
y en la mesa, tu pan
devoró los dedos de la muerte.

Pero tú eres el rostro de la vida
ardiendo eternamente.
Yo, la sobreviviente de mi cuerpo,
que salió a buscar en el polvo sombrío tu corona.
Y sin embargo más alta que David,
que no alcanzó a besar tus pies
donde lloran gozos.

DESESPERADA ESPERANZA

AMOR pides, Señor, desde tus liagas,
mudas, eternas, solitarias bocas,
donde tu mismo amor arde y se ofrece.

Voy madurando en tí
a duras penas,
oscura y pobre cosa de la tierra.

Pero todas las mañanas,
desde tu sangre,
el ángel me anuncia que renaces,
mientras me engendras en la hoguera
de tu ser que se inclina.

Temo mirarme en el espejo
donde tu viento azota

y puede tomarme toda entera
arrebatándome.

Cómo mirarte, ay!,
si apenas como tu pan,
de desesperada esperanza.

PRIMAVERA DE LA MUERTE

YO salgo de mi noche para entrar en tu cielo,
tú sales de tu cielo
para entrar en mi noche.
De tu casa a mi casa se establece
el estrecho camino del relámpago;
y el vértigo que nos posee
si damos un paso más allá de la orilla
de tu secreto desgarrado.

No sé descifrar los signos
que escribes en la arena,
ni tú, tal vez, lo quieres.
Pero tu amor nos mata y nos revive,
terriblemente solo.
Tu espera puede durar un instante
o ser larga
como el día de las resurrecciones.

Desfallezco en el cielo
que comienza en tu tierra;
y en la tierra quisiera
de mí misma olvidarme,
por el amor que irradia de tus manos
como una primavera de la muerte.

SAÚL Y EL ARPA

CUANDO en la noche oscura,
sola,
cuando en la oscuridad de los sentidos
subo la oscura calle,
ni un alma, ni una estrella,
vacilante,
del vino amargo oscuro poseída,
voy sin nada, sin nadie,
árida, oscura, sí, desamparada;
llevo la fracasada perfección del origen
entre mi sangre oscura,
caída;
y en esa oscuridad busco tu cara
que oscurece la muerte
en su vacío.

Incierta, sola en la extensión oscura,
sentada
bajo el velo de luto de la melancolía,

pido como un lamento,
en un lamento pido,
los remedios ardientes,
las vendas que se envuelven
al corazón oscuro,
el asombro celeste de la misericordia.

Entonces, de lo oscuro
—oscuridad de las prisiones—
un canto se levanta
poderoso,
arpa entre mis raíces,
que hace volver el alma
oscurecida
más allá de lo oscuro del ser,
el no ser nada,
alba de un canto oscuro,
amanecer del Angel.

AY!, DE ESTE AMOR

AY!, de este amor
que nace de tu muerte,
más allá de la tierra,
más allá de las manos,
de los ojos;
y en el cuerpo vacío,
solitario,
hace su residencia.

Ay!, de este amor
que el ángel apresura
con espadas, con labios, con abismos,
hacia un reino increíble
donde monstruos celestes
florecen como lirios.

Ay!, de este amor de eternidad,
terrible,

que abre todas las puertas
para los pasos cortos;
y reserva la única,
secreta,
para el que puede ver tu rostro ardiendo
en la tiniebla.

Ay!, de este amor que vive de esperanza
en la temeridad
de tu existencia.

I N D I C E

	Pág.
Te pregunto, Señor	7
Desde lo oscuro	9
La piel del tiempo	11
Mujer de oscura frente	13
Pero está la melancolía	15
Como nunca, como siempre	17
Orilla del naufragio	19
La hora en que se acerca	21
El enemigo	23
La cabellera oscura	25
Las bodas	27
Enferma de la muerte	29
La antigua fiera	31
Almendra del otoño	33
La sobreviviente	35
Desesperada esperanza	37
Primavera de la muerte	39
Saúl y el arpa	41
Ay! de este amor	43

Realizado por la
Corporación Gráfica,
Gaboto 1670,
el 15 de setiembre de 1960.
Montevideo - Uruguay,